

NEW LEFT REVIEW 104

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2017

ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK	El retorno de lo reprimido	7
GOPAL BALAKRISHNAN	El contraataque de Occidente	23
ROHANA KUDDUS	Los fantasmas de 1965	51
JENNIFER QUIST	Vidas laureadas	103
JOSHUA RAHTZ	<i>Zuchtmeister</i> Schäuble	119

CRÍTICA

JOHN GRAHL	Una nueva ciencia económica	148
EMMA FAJGENBAUM	Descifrando a Bresson	157
CARLOS SARDIÑA GALACHE	Arakán dividido	167

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

JOSHUA RAHTZ

EL ALMA DE LA EUROZONA

EL POLÍTICO EUROPEO más consecuente de su generación, Wolfgang Schäuble, es el diputado más veterano de la historia de Alemania. Entró en el *Bundestag* con la CDU en 1972 a la edad de treinta años y ahora acaba de hacerlo, en la que es su duodécima legislatura consecutiva, a los setenta y cuatro. Un año antes de la elección de Helmut Kohl como canciller en 1983, Schäuble era su jefe de gabinete. Ascendido a ministro del Interior en 1989, supo gestionar la rápida absorción de la RDA por la República Federal en 1990. Tras hacerse con el liderazgo del partido en el *Bundestag* gracias a la fuerza de sus éxitos, cuando Kohl perdió las elecciones para lo que hubiera sido su quinto mandato, Schäuble se convirtió en 1998 en presidente nacional de la CDU, bien posicionado para hacerse con la cancillería cuando el partido recuperara el poder. Pero en 2000 se vio involucrado en el escándalo de la financiación ilegal de la CDU, por lo que se vio obligado a dejar que Angela Merkel ocupara el puesto. Al ser Merkel elegida canciller en 2005, Schäuble pasó a ocupar una vez más la cartera de Interior y, tras la reelección de esta en 2009, la del Ministerio de Finanzas. Allí sigue hasta el día de hoy.

Los varios hitos de su carrera le han dado a Schäuble una sólida reputación que, dentro y fuera de Alemania, lo asocia con un tipo de conservadurismo inquebrantable. El tratado por el que forzó el apresurado *Anschluss* de la RDA, ignorando la disposición de la *Grundgesetz* que preveía la posibilidad de revisar la Constitución alemana, fue célebremente descrito por Habermas como «Herr Schäuble dándose un apretón de manos consigo mismo». Como ministro del Interior, solicitó la aceptación de pruebas obtenidas bajo tortura, sugirió la práctica de asesinatos selectivos durante la llamada guerra contra el terrorismo,

dio cobertura al secuestro por parte de la CIA de un ciudadano alemán para su encarcelamiento en Guantánamo¹, e instó el recurso al ejército para llevar a cabo operaciones de seguridad internas. Más tarde, no vio grandes motivos para protestar por el espionaje a sus compatriotas por parte de la National Security Agency (NSA). Su solidaridad transatlántica es ejemplar. Al igual que Merkel, aplaudió la invasión de Iraq en 2003, y una década más tarde declaró que la recuperación de Crimea por Putin era una reproducción de la ocupación de los Sudetes por parte de Hitler. Por encima de todo, como ministro de Finanzas, Schäuble se ha caracterizado como un ejecutor implacable de la política de austeridad a escala europea, imponiendo una ortodoxia neoliberal draconiana al servicio del egoísmo nacional alemán a expensas de países más pequeños y más débiles de la Unión. En 2010 fue el principal instigador del pacto de estabilidad fiscal, que dos años después fijaría corsés presupuestarios en las constituciones vigentes de los miembros de la eurozona, y no ha dudado en atacar al Banco Central Europeo por las manipulaciones a bajo interés llevadas a cabo por su jefe italiano, por socavar la disciplina económica en general y los ahorros alemanes en particular. Ningún otro ministro de Finanzas de la eurozona podría permitirse ser tan franco.

Tras la muerte de la generación que vivió la Segunda Guerra Mundial, las principales señas de identidad de la clase política europea han sido la mediocridad y la corrupción. En sus anodinas filas, Schäuble destaca. No como exento de corrupción, en la que estuvo tan implicado como cualquiera de sus correligionarios –sigue sin rendir cuentas de los 100.000 marcos que recibió de manos de un traficante de armas en 1994–, ni tampoco por poseer una cabeza fuera de serie. Pero sí en cuanto a fuerza de carácter –un lunático lo dejó parapléjico en 1990– y, para lo que es habitual en la Alemania contemporánea, una cierta dimensión intelectual. En Francia o en Italia todavía es casi de rigor que los políticos de primera fila, ya estén ascendiendo o bien establecidos, produzcan una serie de libros que den testimonio de su más amplio bagaje cultural y de su más fina inteligencia. No es el caso en Gran Bretaña o en Alemania, donde lo más cercano a ello son las memorias autocomplacientes según el deprimente formato –*ex post facto*– de las de Schröder o Blair. En la República Federal, los días del prolífico y culto Helmut Schmidt, o incluso de Willy Brandt, hace mucho que pasaron.

¹ Schäuble había heredado el caso del jefe de gabinete de Schröder, luego ministro de Asuntos Exteriores con Merkel y actualmente presidente de la República Frank-Walter Steinmeier.

Incapaz de escribir por sí misma ni siquiera un artículo, por no hablar de un libro, en una docena de años en el poder la única manifestación memorable de Merkel ha sido la insulsa y tranquilizadora consigna *wir schaffen das* –«lo vamos a lograr»–, emitida tras la llegada de una ola de refugiados de Oriente Próximo para ser luego desmentida de la noche a la mañana, cuando mandó a sus saboteadores a Turquía para lograr que el mayor número de ellos quedara allí convenientemente atrapados bajo la égida de Erdogan. Schäuble está hecho de madera más dura. Los seis libros que ha publicado desde principios de la década de 1990 apuntan a algo más sustancial.

Formación

Nacido en 1942, Schäuble proviene de Hornberg, una pequeña localidad (4.000 habitantes) de la Selva Negra, más o menos a medio camino entre Friburgo y Tubinga, donde su padre ejerció como *Prokurist* [gerente] en una empresa algodonera reconvertida para la industria armamentística durante la guerra, hecho que lo libró de hacer el servicio militar². Como fundador del *Badische Christlich-Soziale Volkspartei* (BCSV) durante el periodo de posguerra, Karl Schäuble se convirtió en su presidente en 1946 y entró en el parlamento regional en 1949, donde estuvo en activo hasta 1952, cuando Baden fue anexionado a Württemberg, momento a partir del cual se dedicó a hacer activismo para la CDU en Hornberg³. Wolfgang fue introducido pronto en la política; hizo campaña por su padre a la edad de once años y su hermano menor Thomas terminaría siendo ministro del Interior de Baden-Württemberg y presidente del comité nacional de política interior de la CDU. Activo en la rama juvenil de la CDU desde los 19 años, una década más tarde Wolfgang ocupó la presidencia de su organización social en Baden del Sur, y poco después fue elegido para el *Bundestag*.

¿Cuál fue la formación intelectual de Schäuble durante esos años? Con una breve interrupción para estudiar Economía en Hamburgo, cursó Derecho en la Universidad de Friburgo. Dada su postrera reputación de roca del neoliberalismo, sería lógico asumir –y no es que él se haya molestado en desmentirlo– que sus convicciones se formaron a partir

² Werner Filmer y Heribert Schwan, *Wolfgang Schäuble: Politik als Lebensaufgabe*, Munich, 1992, pp. 18-21.

³ Hans Peter Schütz, *Wolfgang Schäuble: Zwei Leben*, Munich, 2012, pp. 78-79; W. Filmer y H. Schwan, *Wolfgang Schäuble*, cit., pp. 36-41.

de la obra de la escuela de Friburgo, a menudo identificada con el ordoliberalismo, que vendría a ser la variante nativa alemana de la escuela austriaca de economistas liderada por Mises y Hayek. El hecho, sin embargo, es que de la primera generación de pensadores ordoliberales no quedaba ninguno en Friburgo cuando Schäuble llegó allí. Walter Eucken había muerto en 1950 y Franz Böhm se había establecido en otro lugar. Aunque a ambos se los suele citar juntos con frecuencia, hubo otros líderes intelectuales del ordoliberalismo, tales como Alexander Rüstow, Wilhelm Röpke y Alfred Müller-Armack, que no pisaron Friburgo. Es significativo que más tarde Schäuble no se refiriera sólo a Eucken, sino erróneamente a Röpke y a Ludwig Erhard, como los «fundadores de la Escuela de Friburgo». Aunque la creación del periódico *Ordo* por parte de Eucken y Böhm en 1948 contribuyó a que se identificara la Escuela de Friburgo con el ordoliberalismo, lo cierto es que nunca fueron sinónimos: la Escuela de Friburgo fue una agrupación menor dentro de lo que llegaría a ser el ordoliberalismo y una de las varias que lo anticiparon.

En la década de 1960, época en que Schäuble era estudiante en Friburgo, no se sabe a ciencia cierta si el clima intelectual era allí más ordoliberal que en otras universidades del país. Lo que sí es cierto es que aquel periodo marcó el punto álgido de la influencia *ordo* en la vida académica alemana en general, cuando sus postulados se impartían a la largo y ancho de los departamentos de economía como una de las corrientes principales de la teoría económica. En sus memorias, Fritz Rittner, que fue quien supervisó la tesis de Schäuble, describe una Facultad de Derecho interesada por muchos de los asuntos que preocupaban a los ordoliberales: los estudios interdisciplinarios de la regulación económica y legal, la competencia, una sociedad basada en contratos entre agentes privados garantizados por el Estado, un intervencionismo conforme al mercado para asegurar la separación de las esferas económica y política, etcétera. Admirador en términos generales de los ordoliberales –sobre todo de Böhm– en tanto que teóricos, Rittner era, sin embargo, crítico de dicha tradición, por juzgarla insuficientemente empírica. Los enfoques del ordoliberalismo habían variado mucho desde finales de la década de 1930: no había una «teoría neoliberal de la competencia», sino más bien una perspectiva política de significado social más amplio, particularmente durante los primeros años de la República Federal, cuando se popularizó el eslogan de la Economía Social de Mercado⁴. En la tesis

⁴ Fritz Rittner, *Meine Universitäten und das Wirtschaftsrecht, 1939-2002*, Heidelberg, 2003, pp. 28-29, 87, 100.

doctoral del propio Schäuble sobre el estatus legal de la profesión de los auditores, no había indicios de una gran reflexión teórica.

Ingreso en la política y en la prensa

Al año de terminar el doctorado, Schäuble ocupó su escaño de la CDU en el *Bundestag*, donde su carrera quedaría estrechamente ligada a la de Helmut Kohl, a quien apoyó en un intento frustrado de alcanzar la presidencia del partido en 1971, en un momento en que el poder lo ocupaba el SPD de Willy Brandt. Cuando Kohl dejó su feudo de Renania para convertirse en líder de la oposición en 1976, se rodeó de una camarilla de consejeros cercanos –el llamado Gruppe 76–, y Schäuble pasó a ser un miembro destacado entre ellos. Y cuando, seis años más tarde, Kohl derribó el gobierno del SPD con una maniobra parlamentaria, Schäuble fue seleccionado por sus colegas para presidir el grupo parlamentario de la CDU en el *Bundestag*. Pronto se haría con la jefatura de la Cancillería Federal, pasando a ser, de hecho, el jefe de gabinete de Kohl, y a finales de la década de 1980 se encargaría de gestionar la unificación de Alemania. En 1991, un año después del atentado que lo dejaría en una silla de ruedas de por vida (no «minusválido», término que él desdena, sino, como se dice sin rodeos en su tierra, «lisiado»)⁵, tuvo ocasión de celebrar sus logros a la hora de liquidar la RDA, en el que fue su primer libro. Su título dejaba ya bastante claro lo que él consideraba su triunfo personal en la materia: el haber restaurado los derechos de la propiedad privada en el Este como «base de una economía social de mercado estructurada bajo el derecho privado»⁶.

Tres años más tarde publicó un segundo libro, éste mucho más ambicioso, programado para que saliera a la venta antes de las elecciones de 1994, que una vez más darían el poder a la CDU. El libro, que estaba claramente diseñado para fortalecer su posición de heredero aparente de Kohl, era más el manifiesto de un ministro del Interior que el de uno de Finanzas, que era su destino inmediato, y su título, *Und der Zukunft zugewandt* [Y mirando al futuro], era ya un gesto de apropiación irónica

⁵ Cuando un entrevistador, al preguntarle si esperaba ser canciller algún día, se dirigió a él como «discapacitado», Schäuble replicó: «No se ande por las ramas. En mi tierra, en Baden, uno que va en silla de ruedas es un lisiado», véase H. P. Schütz, *Wolfgang Schäuble*, cit., p. 180.

⁶ W. Schäuble, *Der Vertrag. Wie ich über die deutsche Einheit verhandelte*, Stuttgart, 1991, pp. 284-285.

y de confianza en sí mismo: estaba tomado de una estrofa del himno de la RDA, obra de Johannes R. Becher. En él hacía un diagnóstico general de los problemas del momento, así como de los remedios para resolverlos. En algunos casos, estos remedios llevaban en marcha desde el *Wende* [cambio] de 1982, que expulsó a los socialdemócratas del poder, y en otros aún no se habían introducido, pero no por ello resultaban menos necesarios. Entre las publicaciones de aquel momento, el resultado fue bastante destacable, ya que las tesis de Schäuble combinaban dos tipos de discurso tradicionalmente dispares: por un lado, una *Kulturkritik* de la sociedad de masas consumista y de sus males, y por otro, una polémica contra los efectos degenerativos de un Estado demasiado dominante; la una de tono conservador clásico o radical, y la otra de una orientación liberal militante.

Tras lamentar que «el mundo parece estar fuera de quicio», Schäuble abría su relato de los tiempos con una lista de los «cambios en el mundo de la vida» de sus contemporáneos —el vértigo tecnológico, la natalidad decreciente, la mayor esperanza de vida, los nuevos medios electrónicos que potenciaban actitudes individualistas, etcétera—, que auguraban una profunda transformación social, vivida como un malestar generalizado. La Alemania reunificada era una paradoja. Sus declinantes índices de crecimiento requerían, sin duda, nuevos marcos institucionales para la economía y la sociedad. Sin embargo, los alemanes nunca habían disfrutado de un mayor nivel de vida, de modo que la presión para llevar a cabo los ajustes exigidos era baja y, tal y como Bernstein había previsto, los cambios revolucionarios quedaban excluidos. No sólo la maraña de regulaciones, sino la erosión de los vínculos que unían a los alemanes entre sí impedían hacer los esfuerzos necesarios para reorientar la situación. A pesar de su victoria en la Guerra Fría, Occidente se estaba hundiendo en «una crisis cada vez más profunda», tal y como Tocqueville y Weber advirtieron que sucedería en su día si la modernidad no lograba encontrar un replazo para la religión y colmar así la pérdida de toda «dimensión trascendental» de la experiencia que dejaba a la gente a merced del hartazgo y el desencanto. Un síntoma alarmante era que en la Alemania de la década de 1990 no había apenas héroes o modelos sociales de conducta: no se habían producido grandes artistas o científicos, ningún personaje encarnaba ese tipo de «autoridad natural y vinculante reconocida por casi todo el mundo»⁷. Tal era el ambiente

⁷ W. Schäuble, *Und der Zukunft zugewandt*, Berlín, 1994, pp. 13-20, 28, 45, 51-53, 56. «Hasta nuestras megaestrellas del deporte —protestaba Schäuble— carecen del aura, el carisma y el reconocimiento de Magic Johnson».

formativo de una generación que había crecido sin la experiencia de los tiempos duros, de las crisis agudas, o de las amenazas existenciales claras y presentes.

En tales circunstancias, la falta de solidaridad y de propósito nacional habían tenido sus consecuencias. Los seres humanos estaban naturalmente inclinados a la indolencia y al confort individual, lo que no sólo afectaba a la vida social en general, sino también al mundo del trabajo, en el que la mecanización había reducido el papel del trabajo humano y, al aligerarse el lastre derivado de este y del esfuerzo, socavado el espíritu de laboriosidad. La televisión representaba un punto de no retorno, en términos del impulso antropológico y psicológico profundo para minimizar el esfuerzo y maximizar los placeres fáciles. Los efectos degenerativos de la cultura de masas que transmitía no quedaban confinados al ocio, ya que la vida privada y la vida pública se retroalimentaban. Para contrarrestar todos estos males, Schäuble proponía establecer un programa de servicio a la comunidad semejante a los American Peace Corps, para promover un sentido de la pertenencia cívica. Un sentido del servicio de ese tipo, según él, «comienza con la familia». Si se atrofia, el resultado más normal será el debilitamiento del propio sistema de partidos, y «sin partidos, una democracia libre no puede funcionar»⁸. Con todo, no todas las señales eran tan sombrías. Organizaciones espontáneas habían ido surgiendo por todas partes, entre aquellos jóvenes que rechazaban la indiferencia de una «familia despersonalizada», donde «el padre es la RTL y la madre la MTV, y los tíos y las tías, los propietarios de las tiendas de vídeos». Las anteriores generaciones tenían su parte de culpa en todo esto por no haber logrado desarrollar anclajes institucionales más formales para la interacción humana y por descartar las asociaciones civiles de nuevo cuño, adaptadas a la videosfera. Parte de la respuesta que se necesitaba estaba en el «poder autocurativo de la razón», capaz de informar a los ciudadanos del coste social de sus actividades.

Una dosis de neoliberalismo

En este punto, la *Kulturkritik* de Schäuble viraba bruscamente hacia la fustigación neoliberal del Estado social. Y es que los síntomas de la degeneración no eran sólo efecto del desencanto cultural, sino que también hundían sus raíces en determinados procesos políticos.

⁸ *Ibid.*, p. 54.

Tradicionalmente, la familia no sólo había aportado apoyo material a sus miembros a lo largo de las generaciones, sino que les había transmitido una experiencia viva de comunidad. El Estado social que la suplantó se hizo cargo de las funciones mínimas de apoyo a la reproducción, pero no logró reconstituir, a una escala mucho mayor, este crucial nexo intersubjetivo. Si en su origen fue una respuesta a la «cuestión social» que surgió a partir de la Revolución Industrial, con el tiempo este Estado fue asumiendo cada vez más responsabilidades de tipo asistencial, con el objetivo de «establecer una igualdad aproximada en cuanto a condiciones de vida», lo cual a su vez requería intervenciones crecientes en la economía. El resultado final de esta dinámica era un «increíble exceso de Estado», que traía consigo no sólo una «mecanización de nuestro mundo de vida», sino también una «enorme malformación de las tareas asumidas por el Estado», al que ahora se exigía que respondiera ante subgrupos débilmente articulados, en contraste con las bien organizadas masas de trabajadores del siglo XIX⁹.

«Mientras disfrutábamos de altos índices de crecimiento –observaba Schäuble–, apenas percibíamos el problema de la hipertrofia del Estado social». Fue sólo cuando el crecimiento empezó a menguar cuando se hizo patente que los costes de mantenerlo se habían ido de las manos, planteando el mayor de los problemas de la coyuntura del *fin de siècle*. Ahora Alemania no tenía más opción que reconstruir su sistema de bienestar. ¿Cómo habría de lograrlo? La respuesta de Schäuble no consistía en un simple mandamiento neoliberal de arrasar con los derechos existentes. De hecho, despachaba sin miramientos la jerga administrativa posmoderna, cuyas expresiones del tipo «*citizen friendly*» (amable para el ciudadano) o «*lean management*» (administración ligera) sólo se fijaban en los síntomas, sin atender a las cuestiones socioculturales fundamentales¹⁰. Más bien, el problema era que había, al mismo tiempo, «demasiado Estado y demasiado poco». Había demasiado Estado en su manifestación de burocracia, administración y políticas de igualdad; pero demasiado poco a la hora de asegurar el orden y la seguridad interna.

Un punto de partida para reconducir esta situación debía ser la toma de conciencia de que la familia, a pesar del debilitamiento de su estructura nuclear, seguía siendo «la base del Estado y de la sociedad», por ser «el lugar más importante de la seguridad y del sentido humanos». Las asignaciones

⁹ *Ibid.*, pp. 88, 101.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 107-108.

condicionadas en forma de servicios y exenciones fiscales, en condiciones iguales para ambos sexos, podrían fortalecer los lazos de parentesco entre cónyuges y entre generaciones, aunque debiera descartarse la discriminación abierta contra los no casados. En este sentido, Schäuble ofrecía un elogioso informe de los logros conseguidos durante los gobiernos de Kohl: «El incremento en las asignaciones por hijo, la introducción de la baja parental y una asignación por crianza de hijos, además del establecimiento de la Bundesstiftung *Mutter und Kind* [Fundación Federal Madre e Hijo], así como los créditos por periodos dedicados al cuidado en los seguros de pensiones fueron todas ellas medidas justas e importantes que nosotros hemos propuesto e implementado»¹¹. Aunque se oponía a las penalizaciones fiscales directas para los individuos sin hijos, Schäuble defendía que los pagos de pensiones deberían calibrarse a largo plazo en función del número de niños presentes en cada hogar, al igual que sucedía con el impuesto sobre la renta. Las políticas de familia deben diseñarse para honrar un «contrato entre generaciones», que estaba en grave peligro de volverse insalvable, en medio de un desastre social como el actual, donde cerca de un tercio de los hogares constaba de un solo miembro y casi la mitad en el caso de las ciudades.

Tras reconocer que, aparte de estos problemas demográficos, aunque en conexión con ellos, Alemania debía enfrentar dificultades económicas ya de por sí serias, Schäuble clasificaba estas últimas en problemas de dos órdenes distintos: la transformación en cuanto a las pautas del trabajo y del empleo, por un lado, y la pérdida de la competitividad internacional alemana, por otro, con el trasfondo de una economía mundial en desaceleración y con el lastre de la reunificación. La coalición de la CDU/CSU y el FDP había respondido, de manera exitosa según Schäuble, con dos remedios macroeconómicos: mantener los tipos de interés a largo plazo cerca de su nivel más bajo en la historia del país y embarcarse en un proceso de desregulación, privatización y reducción del impuesto de sociedades. Con todo, y a pesar de las pruebas de un despegue económico a principios de la década de 1990, el comportamiento de las exportaciones alemanas seguía en cuestión. El secretario de trabajo de Clinton, Robert Reich, identificó correctamente las poderosas fuerzas que en la nueva economía mundial golpeaban el ámbito del trabajo en todas las sociedades capitalistas avanzadas. A través de un proceso a gran escala de racionalización y externalización, tanto en las manufacturas como en los servicios, las perspectivas del empleo palidecían sin

¹¹ *Ibid.*, pp. 115, 123.

que hubiera reemplazo alguno en el horizonte. En la Unión Europea, la situación era sombría: casi veinte millones de personas se hallaban sin trabajo regular. El desafío consistía en encontrar una vía para acelerar el progreso tecnológico («*ohne technischen Fortschritt geht es nicht*») sin causar desempleo o subempleo. Tal cosa requería una política activa sobre el mercado de trabajo, pero una política que redujera el papel del Estado en el mismo; en este punto, las *Berufsakademien* [academias profesionales] de Baden-Württemberg eran ejemplares. A escala nacional, debía hacerse un esfuerzo por mantener los empleos dentro de Alemania, aparte de recortarse el seguro de desempleo, ya que el trabajo debía entenderse como algo más que un medio de vida, esto es, una estructura que dota a la vida de sentido.

Por un Sísifo dichoso

A tal fin hacía falta una nueva y más heroica actitud («sí a la modernidad y al progreso») en el campo de las nuevas tecnologías, incluso en aquellas que presentaban claros riesgos, como era el caso de la ingeniería genética y la energía nuclear¹². La sociedad tenía que reconocer nuevas oportunidades en los cambiantes patrones de trabajo. Esto, sin duda, iba a implicar flexibilizar el horario laboral y vincular los subsidios asistenciales con empleos a tiempo parcial o a tiempo completo, para rentabilizar los beneficios sociales derivados de un mayor índice de empleo. Pero esto no debería, bajo ninguna circunstancia, confundirse con las propuestas del SPD o de los sindicatos, encaminadas a reducir las horas de trabajo. Ya sólo mencionar este tema en el campo de la *Ordnungspolitik* (políticas regulatorias) suponía un «gran peligro», ya que ese tipo de planteamientos no asumían la necesidad de reducir los salarios. De hecho, esas exigencias sindicales pasaban completamente por alto toda la cuestión del régimen laboral flexible, que es lo que permitiría reducir los costes de producción, aumentar la productividad y permitir unos precios más baratos y, por lo tanto, más competitivos, de los productos alemanes en el mercado mundial. En estas cuestiones, como en todas las demás, la lucha por imponer la directriz de «menos Estado» era como la de Sísifo, que nunca se daba por vencido a pesar de los fracasos. Schäuble defendía que la consigna «menos Estado» podía inspirar los pequeños pasos –y aislados en apariencia– que se dieron para clarificar el mecanismo de la oferta y la demanda. También las privatizaciones eran esenciales, no sólo a la hora de liquidar la industria

¹² *Ibid.*, p. 135.

pública, sino sobre todo de cara a la «privatización de las tareas y de las infraestructuras», en cuyo caso autopistas, carreteras y demás servicios podrían financiarse a través de los mercados de capitales y las agencias de colocación siendo recuperadas de manos del Estado¹³.

¿Bajo qué condiciones políticas podrían tener lugar la regeneración de la familia, la flexibilización del mercado de trabajo y la venta de las infraestructuras? En el seno de una Europa integrada, con un sistema de partidos sólido, y vinculada a los poderes atlantistas a través de convenios de seguridad basados en la estructura de la OTAN. En este último aspecto no todo pintaba bien. Con el fin de la Guerra Fría, Alemania estaba idealmente posicionada para funcionar como puente entre el Este y el Oeste, pero Schäuble advertía contra la tentación de regodearse ante la victoria sobre el comunismo. Su ideología, centrada en la salvación terrenal, había fracasado, y había que dar gracias por ello. Esas visiones entendían la historia como si tuviera una meta que alcanzar, pero una vez allí, ¿qué quedaba por hacer? La lección que había que extraer era que la historia difícilmente llegaría nunca a su fin. Esto es algo que debían reconocer tanto los teóricos contemporáneos como la opinión pública en general. En realidad, la roca, arrastrada hasta la cima, volvía a caer por la ladera de la montaña. El significado del mito de Sísifo era que «el destino es el propio camino». La democracia liberal tendría que aprender a vivir sin los complementos que le habían aportado las ideologías de los siglos XIX y XX, que, a pesar de haber sido sus enemigos principales, le habían asegurado una especie de orden interno. ¿Tomaría el liberalismo el camino fácil de la «resistencia mínima»? ¿O bien asumiría el desafío de crear una nueva visión del mundo, basada en un sentido realista de la naturaleza inmutable de la «existencia humana básica»?¹⁴. Tal sería el camino de un «Sísifo dichoso», como con acierto lo imaginara Camus: introspectivo y reflexivo sobre lo que podría hacerse a partir de unas necesidades humanas siempre inmutables, al servicio de una democracia liberal que reconciliara al individuo con la comunidad y preservara la estabilidad de la última forma organizada de la vida social, la última superviviente.

Tras esta voluminosa declaración de intenciones, la siguiente obra de Schäuble tenía un enfoque más concreto. Publicada cuatro años más tarde, *Und sie bewegt sich doch* –«Y, sin embargo, se mueve», una frase apócrifa de Galileo– se hizo coincidir de nuevo con un periodo electoral,

¹³ *Ibid.*, p. 156.

¹⁴ *Ibid.*, p. 250.

mientras la CDU se preparaba para lo que Kohl creía profundamente que sería un nuevo triunfo en las urnas. Con su nuevo libro, Schäuble dejó escrita la huella genética para la herencia de su liderazgo. Tras el crac financiero asiático, argumentaba que las transformaciones estructurales a largo plazo del mundo del trabajo y la degeneración de la vida privada y de los valores familiares habían dejado de ser meras amenazas en el ambiente para la legitimidad democrática: el milenio que llegaba iba a estar marcado por crisis más agudas. Las turbulencias en el lejano oriente hicieron de 1998 un «año aciago» para la *Ordnungspolitik*. Pero en lugar de registrar los peligros del contagio financiero en condiciones de integración económica internacional creciente, Schäuble volvió sobre la escala nacional para conceptualizar el problema. Las nuevas economías industrializadas del sudeste asiático parecieron durante un tiempo superar a Occidente en términos competitivos, por la vía de aprovechar los bajos costes laborales. Sin embargo, ahora podía verse que «los nuevos tigres no son en absoluto las fieras salvajes que hace algunos años se presentaban como un peligro de muerte para las economías occidentales en la jungla de la globalización». Más bien, estaban abocados a sufrir un destino parecido a lo que fue la trayectoria deflacionista de Japón en la década de 1980¹⁵. Unas economías recalentadas habían creado expectativas insostenibles de niveles de vida acelerados y prestaciones sociales crecientes. Tendrían que aprender cómo amoldarse a los patrones occidentales de una economía de mercado. Esto no tenía nada que ver con un sentimiento imperialista, sino con un conocimiento duramente aprendido a base de la experiencia. En el FMI, Michel Camdessus no podía haberlo expresado mejor.

Pero en casa, seguía habiendo zonas problemáticas en los ámbitos de la ley y la cultura. Allí donde Karl Kraus señalara una vez que cuando una cultura siente que está llegando a su fin, manda buscar un sacerdote, hoy, entre las «grandes agitaciones sociales», lo que se buscaba no era la salvación que ofrecían los sacerdotes, sino los políticos¹⁶. En estos tiempos inclementes, la necesidad de confianza pública y de seguridad interna en el país cobran la máxima importancia. Había que frenar la criminalidad y las conductas antisociales. No era sólo cuestión de suprimir estos males. Tan importante como eso era el efecto subsiguiente de desarrollar una respuesta al crimen que restableciera la institución policial, a ojos de la gente, como algo distinto de una burocracia organizada

¹⁵ W. Schäuble, *Und sie bewegt sich doch*, Berlín, 1998, p. 33.

¹⁶ *Ibid.*, p. 51.

para recaudar dinero público poniendo multas. El modelo digno de emulación era el de la sociología de las «ventanas rotas» –sanciones máximas por pequeñas infracciones–, aplicado en Nueva York por el jefe de policía William Bratton durante la alcaldía de Giuliani. Era aquella una manera de devolver a la policía a su posición justa en tanto que fuerza social significativa, algo que podría replicarse en Alemania, acaso con un banco de datos genéticos para criminales. Un inconveniente del sistema político alemán era no sólo su proclividad a crear engorrosos gobiernos de coalición, sino que a través de su cámara alta permitía a los gobiernos regionales de los *Länder* una influencia mucho mayor sobre la política federal de la que poseían los estados en Estados Unidos. Quizá había llegado el momento de iniciar una reforma de esa lenta maquinaria, que no era precisamente una muestra de la división de poderes según la concibió Montesquieu. Se necesitaban unas instituciones más amplias y más integradas, no sólo a escala federal, sino también en la esfera internacional, donde una sigilosa pérdida de soberanía nacional hacía que la cooperación entre países cobrara cada vez más importancia.

Ahora, sin embargo, era más acuciante elaborar una agenda para tratar los problemas económicos planteados por la globalización, cuyos corrosivos efectos podían observarse incluso en la recuperación de la principal economía capitalista del mundo, Estados Unidos. Era errónea la idea de que allí los únicos empleos nuevos que se habían creado eran para puestos mal remunerados en el sector servicios. De hecho, la experiencia estadounidense de finales de la década de 1990 ha mostrado que los trabajos muy cualificados y bien pagados podían reemplazar los empleos perdidos por el declive del sector industrial. Pero era verdad que en Estados Unidos se había visto la proliferación de empleos «rudimentarios» de salario mínimo en el sector servicios, y esto era algo que había que evitar. Alemania, por su parte, tenía mucho que celebrar, al haberse transformado a sí misma y haber pasado de ser «uno de los lugares menos atractivos para las industrias del futuro, como por ejemplo la ingeniería genética, a la región con mayor crecimiento de Europa». El renacimiento de su industria automovilística era el «ejemplo perfecto» de las ventajas que podían obtenerse mejorando la competitividad contra los exportadores más baratos provenientes de Asia, sin necesidad de una austeridad extrema ni de hacer grandes recortes en los salarios reales¹⁷.

Con todo, al analizar la posición de los Estados industrializados de Europa Occidental en la nueva economía globalizada, Schäuble explicaba que para

¹⁷ *Ibid.*, p. 19.

confrontar una competencia en aumento a escala global era necesario rebajar los costes laborales. «Para nosotros son demasiado altos»¹⁸. Los incrementos en la productividad deben exceder los incrementos salariales. Pero, ¿hasta qué punto debían mantenerse bajos los salarios? ¿Y hasta dónde debía llegarse en el aumento de la productividad? Si quería sobrevivir, la industria pesada debería embarcarse en un proceso profundo de racionalización. En Alemania, habría que eliminar la peculiaridad inhidora de la *Sozialpartnerschaft* y redimensionar el empleo en el sector industrial, si el sector servicios, ahora renqueante, quería desarrollarse convenientemente. Tal cosa podría implicar algunos desagradables recortes de plantilla, pero en una economía social de mercado habría mecanismos de compensación para contrarrestar los efectos colaterales más duros. Lo que no cabía discutir era la necesidad de la desregulación.

¿Y qué decir sobre Europa? Schäuble no mostraba tolerancia alguna con el «entusiasmo escapista» del SPD, cuando abogaba por armonizar el empleo, las pensiones, la salud y otros estándares sociales en toda la UE. Subir los estándares europeos para ponerlos al nivel de Alemania era la receta para el colapso de la integración europea. En este punto Schäuble era muy claro: «Estamos a favor de la flexibilidad, la desregulación y la competencia». La unión monetaria fijaría el marco para que se produjeran unos efectos positivos a medio plazo en el mercado de trabajo y para que los principios de subsidiariedad incentivaran a individuos innovadores y proyectos cooperativos en ese mundo nuevo del trabajo, que Richard Sennett describiera como una nueva cultura del capitalismo. Esto no significaba ignorar las responsabilidades sociales de más amplio alcance que tenían los Estados miembros entre sí, pero dichas responsabilidades podrían desarrollarse en un momento ulterior no concretado. Desde luego, con la próxima introducción del euro, sería necesario, en todo caso, tomarse más en serio la dimensión política de las instituciones europeas, ya que un enfoque excesivamente centrado en la competitividad de los mercados podría de otro modo socavar la legitimidad del sistema que le sirve de base. Esto, desde luego, podría conllevar riesgos, pero tampoco era un problema. Si estábamos ante tiempos peligrosos, lo cierto es que no eran menos excitantes. Aficionado a tomar prestados en clave irónica motivos sacados del imaginario de la izquierda, Schäuble advertía a los lectores de que había algo que aprender del giro utópico propinado por Ernst Bloch a la moralidad del Antiguo Testamento: quien *no* se ponga a sí mismo en peligro, perecerá por ello¹⁹.

¹⁸ *Ibid.*, p. 28.

¹⁹ *Ibid.*, p. III.

Desastre a mediana edad

Tras la victoria de la CDU/CSU de 1994, que cerraba lo que en general se veía como el último mandato de Kohl como canciller, todo parecía indicar que Schäuble le sucedería cuatro años más tarde. Pero a medida que aumentaban las dificultades económicas, con un desempleo que escalaba y unas cuentas de la reunificación que iban venciendo, fue abriéndose una brecha entre los dos hombres. Kohl quería lograr un pacto tripartito con empresarios y sindicatos para resolver todos estos problemas, pero Schäuble, que presionaba en favor de una respuesta de corte más neoliberal, trabajó con los grupos parlamentarios de la CDU y del FDP en el *Bundestag* para frustrar el plan de Kohl. La venganza de éste no se hizo esperar. En 1998, en el último momento, Kohl anunció que se presentaría de nuevo a las elecciones para otra legislatura. Tal y como Schäuble había previsto en privado –y probablemente deseado–, el resultado fue una grave derrota, que puso fin a dieciséis años de gobiernos de la CDU. Como consecuencia de la misma, Kohl dimitió como líder del partido y Schäuble tomó el relevo.

Durante los siguientes dos años, el partido bajo su liderazgo escenificó un regreso con brío en las elecciones regionales y la ambición de Schäuble de convertirse en canciller parecía ir por buen camino. Sin embargo, en noviembre de 1999 cayó una bomba en forma de noticia: el arresto de un antiguo tesorero de la CDU por haber recibido un maletín con un millón de marcos de manos de un traficante de armas, Karlheinz Schreiber, en un aparcamiento en Suiza. Pronto se descubrió que esta transacción formaba parte de una trama de corrupción mucho más vasta, que incluía numerosas cuentas irregulares que Kohl y sus acólitos en el aparato de la CDU habían venido administrando durante muchos años.

El escándalo fue mayúsculo. Furioso con Schäuble por no haberle cubierto lo suficiente, Kohl le recordó: «También tú tienes dinero de Schreiber», y se aseguró de que este, prófugo en Canadá, mantuviera a Schäuble en el punto de mira por una reunión celebrada en 1994 en la que le dio un sobre con 100.000 marcos, que luego Schäuble le pasó sin preguntar nada a la tesorería de la CDU. A continuación Kohl anunció desafiante en televisión que él había recibido personalmente cerca de dos millones de marcos en donaciones sin declarar, provenientes de benefactores que, según él, le habían dado el dinero para

la construcción de la CDU en Alemania del Este, y cuyas identidades no podía revelar porque había dado su palabra de honor al respecto. En medio de la tormenta, Schäuble, cuestionado en el *Bundestag* por su encuentro con Schreiber, negó que el sobre contuviera dinero, una mentira que pronto se descubriría y que echó por tierra su autoridad en el partido, donde venía encarnando al líder que buscaba limpiar su pasado. Ello permitió a Merkel, a quien él había nombrado secretaria general de la CDU, solicitar una ruptura con Kohl sin consultárselo previamente a Schäuble y ocupar su puesto cuando éste tuvo que dimitir como jefe del partido. Era el segundo golpe irreversible de su vida: ya no podría nunca ser canciller.

Ante tamaña humillación, la mayoría de los políticos habrían optado por mantener en lo sucesivo un perfil bajo. Pero la reacción de Schäuble fue publicar un libro a los pocos meses dando cuenta y analizando todo ello. *Mitten im Leben* (2000) [A mitad de la vida] ofrecía un relato logrado, punto por punto, del desastre que había engullido a la CDU y a él mismo. En él, sin excesivas autojustificaciones, explicaba que había cometido un error fatal al no haber respondido con veracidad, en el calor del momento, cuando fue interpelado en el *Bundestag*, y que había tardado demasiado en darse cuenta de que Kohl estaba empeñado en su destrucción política, hasta que, cuando finalmente tuvo claras sus intenciones, le dijo con desprecio: «He pasado demasiado tiempo de mi corta vida contigo»²⁰.

¿Habría podido Schäuble evitar su caída? Visto con frialdad, lo cierto es que estaba demasiado implicado en los dieciséis años anteriores del mandato de Kohl como para poder ser el cirujano, políticamente necesario, que hiciera el corte limpio que separara nítidamente a la CDU de ese pasado. Merkel pudo hacerlo porque ella no ocupaba la presidencia del partido, de modo que pudo actuar a espaldas de Schäuble sin la responsabilidad que éste tenía de «mantener la casa en orden». Schäuble no tiene palabras críticas para calificar la conducta de Merkel, a quien se

²⁰ W. Schäuble, *Mitten im Leben*, Munich, 2000, p. 235. Schäuble no fue del todo capaz de relatar la mentira que contó en el *Bundestag*; situación recogida en el por otra parte admirativo retrato que de él hace Schütz, *Wolfgang Schäuble*, cit., pp. 167-168: contrástese con su propia versión, W. Schäuble, *Mitten im Leben*, cit., p. 223. Para Schäuble, Kohl se había propuesto, por todos los medios oficiosos a su alcance, distraer la atención de la enormidad de sus propias ilegalidades con el asunto colateral –*Nebenkriegschauplatz*– de una infracción involuntaria menor de su antigua mano derecha, W. Schäuble, *Mitten im Leben*, cit., p. 299.

refiere simplemente como Frau Merkel, sin emplear su nombre de pila, caso único en todo el libro, ya que con ninguno de sus demás colegas emplea ese tratamiento. En su tranquilo relato de cómo fue destituido, el *pathos* lo dejaba confinado en dos pasajes del clasicismo de Weimar: las palabras del *Guillermo Tell* de Schiller —«el lago ruga y tendrá su sacrificio», así como unos versos del *Torquato Tasso* de Goethe, que recitó en su discurso de despedida como presidente de la CDU:

Al hombre mortal casi nunca le es concedido
Hallar el que parecía ser su destino;
Ay, qué pocas veces retiene el bien,
Que en hora feliz su mano lograra aferrar,
El tesoro que a nuestro corazón vino sin buscarlo,
Nos deja, y nosotros
Cedemos aquello a lo que un día nos aferrábamos con ansia.
Hay una felicidad desconocida para nosotros
—Conocida de hecho, pero que no apreciamos—.

El *leitmotif* del libro es más prosaico. Su imponente deber como líder del partido fue «la preservación de la CDU como gran fuerza integradora del centro burgués»²¹.

En aquel escándalo, ni la CDU ni los personajes del drama llegaron a correr ningún riesgo serio. Aunque pronto se desveló que el maletín de Schreiber con el millón de marcos había efectivamente sido un soborno del grupo Thyssen para asegurar las exportaciones de sus tanques a Arabia Saudí, extremo que Schäuble había negado acaloradamente en el parlamento, la clase política y jurídica alemana cerró filas rápidamente para asegurarse, con la acostumbrada *omertà*, de que Kohl saliera indemne del asunto tras el pago de una exigua multa, mientras que los personajes secundarios quedaron sin sanción alguna. A Schreiber, extraditado desde Canadá muchos años después, se le dispensó el paso por la cárcel por motivos de salud; las cajas fuertes de la CDU pronto rebosaron de nuevo con donaciones de miembros, simpatizantes y grandes empresas; y Schäuble fue señalado para convertirse en el próximo presidente de la República Federal en la primavera de 2004. Para prepararse para ese honor, volvió a la imprenta con un quinto libro, esta vez, como no podía ser de otra forma, sobre temas más elevados.

²¹ *Ibid.*, pp. 275, 279, 253, 272.

Occidente en riesgo

Con la cobertura ofrecida por una introducción firmada por Henry Kissinger, *Scheitert den Westen?* (2003) [¿Está fracasando Occidente?] pretendía hacer balance de los peligros del mundo posterior al 11 de septiembre de 2001, de los riesgos de las divisiones existentes en el seno de la comunidad transatlántica con respecto a las amenazas provenientes de Oriente Próximo, y de las bases de una vía constructiva por la que Alemania pudiera avanzar en el desconcierto del momento. Los temas de sus obras anteriores volvían con más urgencia, como cuestiones que ahora tenían que ver no sólo con la seguridad, sino también con la coherencia misma de la civilización occidental. Además, por vez primera, Schäuble aludía explícitamente al canon ordoliberal, haciendo referencias elogiosas a Röpke y a Müller-Armack para ilustrar sus tesis. En retrospectiva, ahora podía verse que el periodo comprendido entre la caída del comunismo y el derribo de las Torres Gemelas había constituido un «interregno» del mercado, unos años en los que los valores de Occidente se habían universalizado ostensiblemente, a la vez que se atenuaban en su sustancia. La victoria en la Guerra Fría había sido decisiva: el mercado había ganado con toda claridad. Sin embargo, al socaire de ese triunfo se había ido extendiendo un vacío espiritual, a medida que Occidente perdía contacto con la sustancia moral de la tradición: «A todos los niveles de la actividad económica –declaraba Schäuble– se había producido una erosión de la solidaridad»²². Se trataba de un proceso autodestructivo, donde una dinámica de mercado incontrolada ignoraba los lazos sociales y emocionales de los que dependía. Tal y como habían observado tanto Marx como Schumpeter, el mercado poco tenía que ver con instituciones tales como la familia o el matrimonio. La publicidad, que, como era comprensible, era uno de los sectores de más alto crecimiento de la economía, era en cierto sentido el principio rector de la propia sociedad de mercado. Pero el impulso para estimular una demanda predecible y sincronizada era imposible de mantener indefinidamente; antes o después, ello llevaría a una forma de agotamiento moral, a medida que los consumidores fueran resintiéndose de la cascada de nuevas y efímeras necesidades, que sólo podían corresponderse con una satisfacción decreciente a través de mercancías que irían quedando obsoletas a un ritmo apabullante²³. Ahí no había verdadera civilización.

²² W. Schäuble, *Scheitert der Westen?*, Bielefeld, 2003, p. 33.

²³ *Ibid.*, pp. 39-42.

El interregno entre 1989 y 2001 había llegado a su fin porque la gente había empezado a exigir respuestas a preguntas sociales de «naturaleza existencial». Röpke había anticipado este malestar contemporáneo con casi medio siglo de antelación, cuando advertía en su *Jenseits von Angebot und Nachfrage* [Más allá de la oferta y la demanda], del año 1958, que el simple incremento del nivel de vida a intervalos regulares, aunque fuera naturalmente un arma importante en la lucha contra el comunismo, no bastaba para legitimar un orden social²⁴. Debía haber, por lo tanto, una base social para el capitalismo, un marco preeconómico o extraeconómico que pudiera dotar a sus agentes de sentido. Los fundadores de la CDU, aquellos que, como Müller-Armack (que acuñó el término «economía social de mercado» para la campaña electoral de la CDU de 1949), pusieron en práctica los preceptos de Röpke, podían releerse hoy con gran provecho, pues en ellos podían encontrarse verdades duraderas acerca de lo que sería un orden aceptable:

La economía social de mercado se basa en una comprensión muy específica, que combina el propio interés y la responsabilidad personal con el concepto de servicio público y con el compromiso social del capital ganado. La economía de mercado va de la mano del progreso social, y ambos conceptos ya no se contradicen. No estamos hablando de un modelo de orden cristiano, sino que, a través de sus fundadores, Müller-Armack entre otros, recibía la influencia de las ideas de la ética social cristiana. El propio interés y la caridad, la competencia y la solidaridad, la personalidad y la subsidiaridad, son sus pilares²⁵.

Pero Europa tenía aún que tomar conciencia de esta promesa, y ahora se encontraba ante el desafío de confrontar el hervidero de terrorismo que anidaba en Oriente Próximo, ante el cual las respuestas que se habían venido dando habían dividido a Occidente de forma lamentable. Todos los socios de la alianza atlántica compartían algo de culpa por la desunión en torno a Iraq, desde luego, la compartían tanto Alemania como Francia, por no hablar de Estados Unidos. De haber habido unidad en el Consejo de Seguridad de la ONU, Alemania debería haber jugado su papel en la invasión de Iraq, pero tal extremo podría haberse evitado si Saddam hubiera sabido que se enfrentaba a todo el poder de Occidente alineado en su contra. En todo caso, lo que estaba claro es que «las discusiones actuales en torno a la prevención en general y a los ataques preventivos en particular» aludían a una realidad en la que «las

²⁴ *Ibid.*, p. 59. La edición inglesa del libro de Röpke, publicada en 1960, se titulaba *A Humane Economy: The Social Framework of the Free Market*.

²⁵ W. Schäuble, *Scheitert der Westen?*, cit., p. 112.

categorías clásicas del derecho internacional ya no eran suficientes para la defensa ante el terrorismo y ante la proliferación de armas de destrucción masiva. Esta cuestión debía tratarse sin prejuicios»²⁶. Los puntos de vista de los Estados fallidos del mundo contemporáneo seguían siendo provincianos y totalmente ajenos, y el conflicto con ellos prefiguraba un mundo multipolar de distintos linajes y civilizaciones, tal y como lo analizara Samuel Huntington. Pero si ese iba a ser el aspecto del futuro, la lección que había que sacar de ello, naturalmente, no consistía en abogar por un «choque» de civilizaciones, sino en reflexionar sobre cómo evitarlo: mediante una forma de «*Realpolitik* a escala global», que reconociera la coexistencia, en «heterogeneidad neutral», de una serie de esferas civilizatorias diferentes, que compondrían un orden mundial basado en los principios de la diversidad y de la multipolaridad.

Un orden semejante, sin embargo, requería alimentar una cultura particular, una cultura que definiera una identidad colectiva. En el caso de Occidente, ello debía incluir la recuperación de la enseñanza social cristiana. El «poder blando» era asimismo un requisito de la seguridad: niveles más altos de inversión extranjera directa en lugares conflictivos para llevar el desarrollo y las oportunidades vitales más cerca de los estándares occidentales. Al mismo tiempo, su complemento crucial era el «poder duro». Eso significaba fortalecer el aparato de seguridad de la UE, lo cual debía incluir planes para un ejército europeo. En última instancia, dicho ejército debería seguir subordinado a la estructura de mando de la OTAN: Estados Unidos no debería tener motivo alguno para preocuparse de que una fuerza de reacción rápida creada *de jure* fuera a dar lugar a una política exterior europea que creara divisiones. La fuerza y legitimidad de la Unión Europea, que mantenía un equilibrio entre los extremos de un súper Estado con sede en Bruselas («un Moloch burocrático») y una mera zona de libre comercio, eran vitales para la alianza atlántica. Pero en términos más generales, cualesquiera que fueran los logros civilizatorios de Occidente a lo largo de los milenios, lo cierto era que el mundo estaba cambiando, y las cuestiones constitucionales en su seno debían ser de nuevo repensadas.

Como credencial para su candidatura a la presidencia de la república, *Scheitert der Westen?* no cumplió su objetivo, y hasta podría decirse que tuvo un efecto *boomerang*. Merkel temía los talentos superiores de

²⁶ *Ibid.*, pp. 166, 204. Una posición ampliamente compartida en aquel momento, entre otros por Habermas.

Schäuble y no quería que éste dispusiera de una plataforma independiente donde ejercitarlos. Fue sintomático que en un principio dejara que pareciera que veía con buenos ojos su candidatura, para luego torpedearla en favor de Horst Köhler, una nulidad proveniente del FMI que no planteaba amenaza alguna, y que eventualmente hubo de abandonar, humillado, en su campaña por la presidencia tras haber saludado la participación de Berlín en la guerra de Afganistán «porque sería buena para las exportaciones alemanas» en aquel país. Un año más tarde, cuando Merkel se convirtió en canciller, Schäuble fue nuevamente destinado al Ministerio del Interior, que había ocupado durante la década de 1990. Allí explicaría que, tras recibir al secretario de Seguridad Nacional de Estados Unidos, Michael Chertoff, en su residencia privada de Baden-Württemberg, había terminado por darse cuenta de que «tenemos que clarificar si nuestro Estado constitucional es adecuado para tratar con las nuevas amenazas a las que Alemania se enfrenta»²⁷.

Al final, las amenazas inmediatas que se lograrían materializarse no llegaron de Oriente Próximo, sino del propio *land of the free*, con el crac de Wall Street de 2008 y la crisis financiera que engulló el mundo capitalista avanzado. Una vez más, Schäuble estaba preparado y con la pluma en la mano en un año electoral. *Zukunft mit Maß* (2009) [Un futuro medido] era un compendio de sus discursos sobre los desafíos económicos a los que el mundo –y en especial Alemania– se enfrentaba provocados por las turbulencias que se vivían en aquel momento. El libro se abría con un aforismo de Röpke: «Las cosas cuestionables de este mundo perecen por su propia naturaleza, pero las buenas, lo hacen por sus exageraciones». El capitalismo desatado de las dos décadas anteriores, vendido como un gran éxito por los apologetas de McKinsey, había generado la peor debacle económica desde la Segunda Guerra Mundial. Los desencadenantes de todo ello habían sido la política monetaria laxa de la Reserva Federal, que había recalentado los precios inmobiliarios; la fatídica decisión de la SEC de retirar los límites de endeudamiento en la gestión de los títulos valores; y el correspondiente estallido de desastrosas innovaciones financieras, cuyas infinitas permutaciones monetarias habían terminado por amenazar también a los depósitos en Alemania²⁸. Pero la crisis, que era esencialmente una crisis de confianza, «no nos debería hacer caer en la tentación de cuestionar la economía social de mercado como sistema».

²⁷ *Der Spiegel*, 9 de julio de 2007.

²⁸ W. Schäuble, *Zukunft mit Maß*, Lahr/Schwarzwald, 2009, pp. 13-17.

Dicho lo cual, desde una perspectiva más histórica era preciso constatar que operaban procesos recurrentes. La crisis de 2008 debía entenderse como reveladora de tendencias características del capitalismo. Al igual que había sucedido en el pasado, a unas fases de innovación técnica seguían otras de especulación, y luego otras de recesión. De la misma forma que el capitalismo industrial había experimentado su primera gran depresión a finales del siglo XIX, el significado de 2008 era que se trataba de la primera gran crisis de una «sociedad global de la información y de su economía»²⁹. Retrospectivamente, la liberalización de los mercados financieros había ido demasiado lejos. El remedio, sin embargo, no estaba en más regulación internacional de los mismos, sino en las enseñanzas de la Escuela de Friburgo, que siempre había insistido en que las reglas más importantes de la vida económica no eran de carácter técnico, sino de orden social. Esto era algo que Schumpeter también había entendido, porque una economía de mercado, «al igual que la democracia, no es de por sí un sistema completamente regulado y que se reproduce a sí mismo», sino, por el contrario, un sistema que requiere (tal y como había explicado en *Capitalismo, socialismo y democracia*) «pautas de comportamiento extracapitalistas»: una conducta independiente, disciplinada y honesta.

Ese era el espíritu con que la República Federal había respondido a la depresión de la década de 1970: no a la manera de Thatcher o Reagan, sino a través de su propio y arduo proceso de reformas, que nunca perdió de vista los fundamentos morales de los mercados sólidos en la prosecución de la pura liberalización económica, cuyas consecuencias podrían ser desastrosas. «La racionalización de todos los aspectos de la vida conlleva indecibles costes en la esfera privada, y es el germen de dos desarrollos fatídicos: el ascenso del consumidor y la decadencia de la familia. Hoy podríamos decir que el castigado precariado carente de recursos va en aumento, que la clase media se encuentra bajo presión, y que la buena coyuntura económica se está debilitando»³⁰. Había que dar pasos pragmáticos para proteger al país de estos excesos. Una mayor transparencia en las transacciones financieras era algo obligado (Eucken siempre había hecho hincapié en que aquellos que cosechan los beneficios deben también soportar las pérdidas de los riesgos que asumieron) los bancos que fueran «demasiado grandes para caer» debían ser descentralizados; y, al igual que sucede en el mundo de

²⁹ *Ibid.*, p. 17.

³⁰ *Ibid.*, p. 39.

la agricultura, había que promover «la diversidad en lugar del monocultivo», a fin de mitigar las vulnerabilidades sistémicas, mientras la inversión debía dirigirse hacia el progreso tecnológico, que era el factor decisivo para aumentar la prosperidad³¹.

Pero los factores no económicos determinarían, en último término, los resultados económicos. Era muy importante potenciar la vida espiritual y religiosa. Mirando hacia atrás desde aquel año 2009, toda la sucesión de contratiempos habidos desde la crisis del sudeste asiático es probable que fuera impredecible. Pero quizá la creencia en «algo más alto» podría ayudar a controlar las tendencias humanas al exceso, lo cual significaba, en términos prácticos, movilizar el poder de la sociedad civil para fomentar la responsabilidad y la confianza mutuas a través de las iglesias, los grupos religiosos y otras asociaciones³². Alemania era una sociedad secular y seguiría siéndolo, reconocía Schäuble, y él tampoco era especialmente religioso. La trayectoria que siguió el protestantismo hacia unos ideales que fueron parcialmente realizados a finales del siglo XIX no fue rectilínea, sino que tuvo sus momentos oscuros, pero la fe cristiana de la Reforma logró eventualmente una armonía con la cultura ilustrada de la razón. Este protestantismo tolerante podía atisbarse en la política religiosa pluralista de Federico el Grande o, más tarde, en las revueltas republicanas de 1848 en Baden. Destacable era también el «protestantismo liberal, políticamente activo» de Leipzig, que jugó un papel tan ejemplar en la caída de la RDA. Las enseñanzas del dominico de Bartolomé de las Casas también podrían servir de inspiración para una política de los derechos humanos, en una comprensión cristiana de la dignidad humana como valor universal, también, y especialmente, en sus relaciones con los no creyentes³³. La religión así entendida, defendía Schäuble, era vital para la sociedad occidental: la noción habermasiana de «patriotismo constitucional» no era un sustituto válido. Así concebido, el cristianismo era menos una teología que una parte funcional de la identidad de Europa, donde había adoptado la forma de un Estado secular construido sobre las concesiones de cada religión. No había que escatimar esfuerzos a la hora de preservar este compromiso.

³¹ *Ibid.*, pp. 43-50, 71.

³² *Ibid.*, pp. 125, 133.

³³ Véase W. Schäuble, *Braucht unsere Gesellschaft Religion?*, Berlín, 2009, pp. 16-17, 56-57.

El eje franco-alemán

Una vez que la CDU/CSU logró de nuevo el poder en 2009, Merkel trasladó a Schäuble al Ministerio de Finanzas, al puesto con más poder del gobierno, después del de canciller. Allí, durante los siguientes siete años, se hizo por primera vez famoso como la fuerza económica dominante de la eurozona, el principal ejecutor de la austeridad a lo largo y ancho de la Unión Europea, como respuesta a la larga recesión que se instaló en el continente tras el crac de 2008. Durante este periodo de peligrosas crisis económicas e intensas operaciones políticas, no había tiempo de escribir otro libro que añadir a sus obras completas. En su lugar, a principios de 2016 se publicó un intercambio de ideas en forma de libro con su homólogo francés, Michel Sapin, aderezado con los apuntes de dos periodistas complacientes, y que apareció en Alemania con el título de *Anders Gemeinsam* [Juntos pero no revueltos], y en Francia, con un estilo más imperioso, como *Jamais sans l'Europe!* [¡Nunca sin Europa!]. Ambas ediciones contaban con la bendición de Merkel y Hollande. Todo el proyecto, que presentaba a una pareja supuestamente extraña unida por las circunstancias –el estrés agudo provocado por la crisis del euro– pretendía demostrar, con un cierto engreimiento, que la prosperidad en Europa requería de la complementariedad franco-alemana, y lo hacía a través de un relato de su historia reciente narrado por dos de sus protagonistas y testigos privilegiados. Es significativo que la iniciativa del libro proviniera de Sapin, que sin duda buscaba brillar aprovechando el lustre de su reputado interlocutor.

Como era predecible, dada la proximidad que hay en los últimos tiempos entre las políticas democristianas y las socialdemócratas, el intercambio revela muchos más puntos en común que diferencias. Cada uno de los interlocutores, tras constatar su respectiva tradición nacional, se explaya como es debido, hablando de una identidad europea que la acoge y que, sin embargo, la trasciende. El libro deja mucho espacio para dudar del grado de europeísmo –entendido en un sentido más profundo– de ambas figuras. Schäuble está particularmente orgulloso de su Premio Carlomagno, tótem principal de distinción de méritos en pos de la unidad europea (los anteriores galardonados incluyen a Kissinger y a Clinton, a Blair y al euro [*sic*]; el último premiado ha sido Timothy Garton Ash), pero hay pocas pruebas de que, aparte de sus viajes oficiales, él haya pasado un solo día fuera de su país. Es sintomático que las comunicaciones vía sms entre él y Sapin no sean ni en francés ni en

alemán, sino en inglés, que «hay que aceptar que es la lengua común de Europa», lo cual no deja de ser coherente con la inquebrantable orientación transatlántica que une a ambos políticos³⁴.

El libro sigue, sin embargo, una pauta acorde con la línea argumental de Schäuble. Quizá la declaración más significativa de su carrera política fue un documento de toma de posición de la CDU, que firmó conjuntamente con Karl Lamers en 1994. Con el insulso título de «Reflexiones sobre política europea», su tesis estaba lejos de ser anodina, ni en aquel momento ni después. La nueva posición geopolítica de Alemania, en el centro de un continente liberado del comunismo, poco antes de la ampliación de la UE a los países de la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA) y, a su debido tiempo, a los antiguos miembros del COMECON, requería de una vía despejada hacia una Europa más fuerte. La profundización, en efecto, debía preceder a la ampliación. Aquella sólo podía basarse en una coordinación estrecha en materia de políticas monetarias, presupuestarias y socioeconómicas en el «núcleo» de la Unión Europea, formado por «cinco o seis» países, que después dejaría bruscamente en cinco: Alemania, Francia y el trío del Benelux, quedando Italia excluida. Dentro de este conjunto estaba «el corazón del núcleo», que eran naturalmente Alemania y Francia. Estas dos potencias eran el motor de la integración europea y el acuerdo entre ellas debía preceder a cualquier iniciativa a escala de la Unión en su conjunto o más allá de ella. Francia debía superar su nostalgia irreal por una soberanía nacional que se había convertido en una cáscara vacía y las instituciones europeas debían actualizarse conforme a un nuevo arreglo constitucional para garantizar que el núcleo y, por lo tanto, también el corazón del núcleo, no encontrara obstáculos en su progreso hacia una mayor unidad interna por culpa de los vetos potenciales de otros miembros de la Unión.

La reacción ante tan francas propuestas, como era previsible, fue en su momento explosiva, hasta el punto de que Schäuble no pudo reiterarlas en público cuando, quince años después, las secuelas de Maastricht se hicieron demasiado evidentes y la confianza popular en la unión declinaba bruscamente. En *Anders Gemeinsam* Schäuble es más prudente, limitándose en general a apoyar la elección directa del presidente de

³⁴ Wolfgang Schäuble y Michel Sapin, *Anders Gemeinsam*, Hamburgo, 2016, pp. 27-29, 33. Aunque Schäuble dice leer el francés –que aprendió en la escuela en Baden– mejor que el inglés, a Sapin le dijo en una reunión del FMI en Washington que debía mejorar este último, obligación *sine qua non* para un ministro de Finanzas.

la Comisión Europea como un paso hacia una unión política, diferenciada de la monetaria. Cuestiones más urgentes dominan su diálogo con Sapin. ¿Tiene Alemania alguna responsabilidad por las tribulaciones de la eurozona desde 2009? En absoluto, declara Schäuble. Lo que ha sucedido es simplemente que Alemania ha sido más competitiva que sus vecinos, los cuales, lejos de protestar por ello, deberían agradecer su brillante ejecutoria y aprender de su ejemplo. «Ellos critican la política alemana, pero nosotros tenemos mejores resultados que aquellos que nos critican». El dinamismo de la República Federal, que combina un excedente de exportaciones con una demanda interna boyante, rigor fiscal y ausencia de inflación, señala el camino a seguir para todo el continente. «Somos la locomotora del crecimiento de Europa»³⁵. Pero, ¿acaso no hay que considerar que la proliferación de *mini jobs* y otros empleos precarios, así como un más alto índice de pobreza que el de Francia, son manchas en este expediente? En este punto Schäuble desacredita los datos de Eurostat, que tacha de engañosos, e ignora los baremos existentes para determinar las diferencias en los niveles de vida de las economías concretas; replica que la pobreza es un concepto relativo: alguien que es clasificado como pobre en Alemania sería rico en Estonia. Tampoco la creciente desigualdad masiva de la sociedad alemana, documentada en el trabajo de Marcel Fratzscher, *Verteilungskampf*, que apareció casi simultáneamente por entonces, por no hablar de las aún más perentorias advertencias de la organización caritativa Paritätische Gesamtverband, encuentran sitio en la autocomplaciente imagen que presenta Schäuble de la *Bundesrepublik*³⁶.

Considerando todo lo anterior, Alemania está por encima de cualquier reproche. Pero, ¿qué hay de la unión monetaria? ¿Tampoco hay en ella nada que criticar? En este punto Schäuble es algo más cauto en su elogio, aunque éste es lo suficientemente enfático. Sí, es cierto que la UE no ha crecido lo suficiente, pero es demasiado fácil atribuir los vientos en contra que sufren las economías a Berlín, sin criticar los errores de

³⁵ *Ibid.*, pp. 116-117.

³⁶ Véase Marcel Fratzscher, *Verteilungskampf: Warum Deutschland immer ungleicher wird*, Munich, 2016, *passim*, quien –aunque abogando él mismo por un Estado más ligero– concluye sin rodeos que la economía social de mercado es cada vez menos social: pp. 10, 242-243, *passim*. Con respecto al perfil ideológico de Fratzscher, véase mi reseña sobre su obra previa, *Die Deutschland Illusion: «Germany's Faltering Motor?»*, *NLR* 93, mayo-junio de 2015; ed. cast.: «¿Flaquea el motor alemán?», *NLR*, julio-agosto de 2015. Para más información sobre la desigualdad, consúltese Der Paritätische Gesamtverband, *Bericht zur Armutsentwicklung in Deutschland 2017*.

la Reserva Federal, de los BRIC o de la *Abenomics* japonesa. La moneda única no fue la responsable de la crisis de 2008; es más, sin ella, las consecuencias habrían sido mucho peores, pues habrían exacerbado las diferencias entre los países miembros. «Desde el punto de vista económico vamos en la buena dirección [y] a pesar de todas las crisis, desde mi punto de vista el euro es un éxito»³⁷. El término austeridad quizá suena mal en otros países, pero no así en Alemania.

El tratamiento de Grecia y de la periferia

¿Había sido especialmente duro con Grecia? En lo que son las páginas más interesantes de *Anders Gemeinsam*, Schäuble deja claro que él fue de hecho más lúcido que sus colegas eurócratas a la hora de tratar el colapso de la economía griega. En último término, por supuesto, no había nunca que permitir que Grecia se librara del cumplimiento definitivo de sus obligaciones. Pero ya en 2011, ante la oposición furibunda y al final exitosa de Estados Unidos, Schäuble se mostró dispuesto a infligir un recorte a los tenedores de deuda³⁸. Y no sólo eso, sino que le pidió a Atenas que se tomara un «descanso» temporal de la moneda única, para permitir una devaluación que restaurara sus balanzas externas; esta sugerencia fue rechazada por Venizelos, el corpulento jefe del PASOK, y de nuevo en 2015, cuando Tsipras tomó el relevo. Luego fue Francia, no Alemania, Sapin y no Schäuble, quien insistió en mantener a Grecia atada al euro, con la disposición entusiasta de Tsipras, con el argumento de que permitir un descanso podría animar fatalmente a Portugal, España e Italia, cada uno con su propio sobreendeudamiento, a seguir el ejemplo, lo que socavaría la credibilidad de la eurozona. En este punto Merkel determinó que no debía haber ningún conflicto entre Berlín y París, de modo que desautorizó a Schäuble y permitió que Tsipras regresara a Atenas a anunciar, como si fuera una salvación, el calvario al que se había comprometido³⁹. En sus relatos de la crisis, la diferencia real entre los dos ministros de Finanzas resalta de forma clara: no se trata de una diferencia en cuanto a ideología o convicción, ámbitos en los que casi nada los separa, sino de carácter. Sapin se muestra muy entusiasmado ante el genio de Tsipras a la hora de emplear el mismo

³⁷ W. Schäuble y M. Sapin, *Anders Gemeinsam*, cit., pp. 119, 129-131.

³⁸ Véase el informe de *WikiLeaks*, 1 de julio de 2015: «Merkel Bugged While Pondering Greece Crisis», que relata cómo la NSA espía a Merkel en sus esfuerzos por frenar a Schäuble.

³⁹ W. Schäuble y M. Sapin, *Anders Gemeinsam*, cit., pp. 177-179.

referéndum que rechazó la rendición ante la Troika como argumento de autoridad para aceptarla; Schäuble, por su parte, manifiesta su desprecio por ese doble juego con los votantes, contra el que previno a Tsipras ya en su primer encuentro⁴⁰.

Con respecto al más amplio papel que Europa debe jugar en el mundo, los dos ministros se mantenían firmes hombro con hombro con respecto a Ucrania, los peligros del terrorismo y la necesidad de fortalecer las fronteras para proteger la Unión mediante las patrullas de Frontex en el Mediterráneo y, eventualmente –Sapin lo ve con buenos ojos– funcionarios de aduanas franceses y alemanes estacionados en Grecia. Si Francia ha asumido el liderazgo a la hora de combatir las amenazas a la seguridad europea en Mali o en Siria, Alemania ha jugado su papel complementario. Mientras Schäuble menciona los obstáculos históricos que limitan el margen de maniobra de Berlín en materia de política de seguridad, Sapin no da muestras de inhibición alguna al respecto y hace hincapié en la importancia de unas fuerzas armadas para la Unión: «La fuerza de nuestra comunidad de destino debe también encontrar expresión en nuestra capacidad de ejercer influencia en lo que ocurre en torno nuestro». Y también: «La necesidad absoluta de intervenir en regiones contiguas, para contener el flujo de refugiados que parte de allí hacia Europa»⁴¹. Poco tiempo después de la aparición del libro, Schäuble reclamaría con orgullo la paternidad del acuerdo alemán para mantener a los refugiados aprisionados en Turquía bajo el régimen policial de Erdogan⁴², al que se ofreció apoyo diplomático justo a tiempo para otra victoria electoral de Merkel.

Al final, sin embargo, el aspecto más revelador de *Anders Gemeinsam* es su demostración de la actitud de Schäuble con respecto a la disciplina que en teoría informa la cartera que ostenta. El ministro alemán de Finanzas tiene poco tiempo que dedicar a los economistas, que no se ponen de acuerdo entre ellos y nunca han llegado a producir una verdadera ciencia. Los mercados son los que generan prosperidad y crecimiento; y las demandas neoliberales en favor de la competitividad y de la contracción del Estado de bienestar para disminuir la dependencia son requisitos no negociables de la era de la globalización. Pero la economía de mercado también debe ser social, asegurar la regularidad institucional y la

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 180, 203.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 225, 52-53, 233.

⁴² «Der Westen ist jetzt im Stresstest», *Die Zeit*, 21 de diciembre de 2016.

seguridad de sus agentes, así como la continuidad del patrimonio moral y cultural de la civilización occidental, que es el mismo que permite la fluidez de las transacciones comerciales. En este punto es esencial que la gestión política sea sensible a las expectativas cambiantes de la psicología colectiva. Los economistas que hay que respetar son aquellos que estudian estas últimas, como hace Daniel Kahneman, y no tontos como Paul Krugman, a quien nadie con un cierto nivel en Alemania toma en serio. Fue Erhard quien dijo: «Más del 50 por 100 de la política económica es psicología». A lo que Schäuble añade: «La política es mucho más una cuestión de psicología que de hechos tangibles»⁴³. En las instituciones tanto como en los individuos, la credibilidad y la fiabilidad, que son lo contrario del dogmatismo doctrinal, son los valores primordiales que Schäuble se siente orgulloso de poseer y que la población alemana reconoce en él.

Si bien es cierto que Schäuble no es un pensador original, sí es un lector asiduo y un escritor competente de nivel medio. Sus puntos de vista son un compendio de ideas socioeconómicas con un trasfondo genérico ordoliberal. Sus nociones políticas son esencialmente tropos procedentes de la cosecha de la Guerra Fría, recalentados al fuego de su reciente entusiasmo por el plumizo cantoral a Occidente obra del historiador del ala derecha del SPD, Heinrich August Winkler. Con todo, a fuerza de carácter les ha dado a estas nociones una energía y una coherencia que ninguno de los políticos de la CDU de su generación ha podido igualar. En el mundo de las euromonías, un lisiado autodeclarado no deja de ser el rey.

⁴³W. Schäuble y M. Sapin, *Anders Gemeinsam*, cit. pp. 73-76, 109.